

Hombres que dejan huella

EL SUPERINTENDENTE FRYE, CREADOR DE LA ESCUELA CUBANA

Por Herminio Portell Vilá.

I

Alexis Everett Frye, un típico "Connecticut Yankee", dinámico, emprendedor y concienzudo, fué el hombre que revolucionó la instrucción pública en Cuba al cese de la dominación española y el que la dejó establecida sobre bases permanentes. La obra que llevó a cabo Frye, si hubiese sido continuada con el mismo vigor con que él la inició, habría llegado a extirpar el analfabetismo y habría preparado una ciudadanía capacitada y vigilante de los intereses nacionales, como la que Cuba necesita.

Frye había nacido el 1º de noviembre de 1859 en New Haven, Connecticut muy cerca de la Universidad de Yale, y era hijo del Cap. E. S. Frye y de Jane King. El capitán Frye era un viejo lobo de mar, que se había enfrentado con los elementos y con los hombres en el curso de una agitada existencia, navegando los siete mares; pero en modo alguno quería para su hijo la misma profesión en que él había vivido. Sentado junto al pequeño Alexis el Capitán daba comienzo a la explicación de los viajes que había hecho, y las impresiones que había recogido, y el hijo oía con profunda atención, fascinado por aquellas aventuras a bordo de un buque de vela, un "clipper", de los vele-

ros famosos de la Nueva Inglaterra que no se habían limitado al comercio con Europa y Guinea, sino que habían cruzado el Ecuador para llegar al Río de La Plata; que un día pasaron del Atlántico al Pacífico, más allá del temido Cabo de Hornos, para establecer records internacionales de rapidez en la travesía de Cantón hasta los puertos del Nuevo Mundo.

Todo aquello había sido posible, como señalaba el capitán Frye a su hijo, porque en la Nueva Inglaterra el pueblo había sabido instruirse y con la educación le habían llegado la iniciativa, el afán de aventuras, el desarrollo económico y la confianza en sí mismo. Los fundadores de la Nueva Inglaterra, al establecer la enseñanza obligatoria en el siglo XVII, habían descubierto desde los primeros momentos la fórmula para hacer grande, próspero y adelantado a un pueblo. Sobre esa base se había construido la independencia norteamericana y con ella había tenido lugar el portentoso desarrollo de la nación...

Las prédicas del viejo marino hicieron su efecto: cuando Alexis Everett Frye comenzó sus estudios secundarios, ya tenía la vocación de la enseñanza. Hizo su bachillerato en Boston y más tarde se graduó de maestro en la Escuela Normal de Cook Country, en Chicago, cuando sólo tenía 27 años de edad. Laborioso e inteligente, el joven "yankee" seguía demostrando la influencia que su padre había ejercido en su vida, no ya sólo por su preparación para el magisterio, sino también porque de las prolongadas conversaciones sobre viajes, pueblos, tierras y mares, del viejo marino, le había quedado una extraordinaria afición, que le duró toda la vida, por la geografía.

Ya desde 1883, es decir, dos años antes de graduarse, Frye

era profesor de Metodología y Práctica Pedagógicas de la Escuela Normal de Chicago, desempeñando esa cátedra con extraordinaria distinción hasta 1886, desde cuyo año hasta el de 1890 fué conferenciante sobre cuestiones educacionales. Chicago era entonces uno de los más notables laboratorios del progreso de la enseñanza, que había en el mundo. Los sistemas pedagógicos más avanzados estaban siendo experimentados en aquella comarca y Frye estaba de lleno en la labor de desarrollar las nuevas técnicas. Lo hacía con fervor apostólico, dedicado en cuerpo y alma a la obra de descubrir cómo se podía lograr el mayor aprovechamiento por parte de los alumnos, sobre todo en una región en la que la población extranjera, procedente de la Europa Septentrional y Central, era muy numerosa, y a la que había que darle la oportunidad de nacionalizarse ellos y sus descendientes con una asimilación integral de lo que significaba la democracia norteamericana. Frye gozaba demostrando a aquellos emigrantes procedentes de países de antigua y orgullosa historia monárquica, que la condición de ciudadano de una república era la más alta a que podía aspirar un hombre, que ella era la que había hecho posible el progreso de los Estados Unidos, por brindar las mismas oportunidades para todos los hombres. Sus conferencias sobre historia y sobre cívica exponían claramente a sus alumnos qué significaban las palabras de Lincoln sobre "el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", hasta que los había inspirado sus mismos principios y su invencible entusiasmo por el magisterio, como un sacerdocio que requería sacrificios, pero que eran indispensables para la consolidación de la nacionalidad.

No obstante los requerimientos de su obra educacional, a Frye le quedaba tiempo para publicar textos y estudios. Su obra "El niño y la naturaleza", publicada en 1888, fué una originalísima contribución al magno problema de que los niños se acercasen al conocimiento de la creación, sin plantearles misterios insolubles y sin aventurar interpretaciones perturbadoras. En 1891 apareció su trabajo sobre "Los arroyos y sus cuencas", en la que la geografía física se hacía animada. En 1890 Frye se graduó de abogado en la Universidad de Harvard y casi en seguida se le admitió al ejercicio de esa profesión por el Colegio de Abogados de Massachusetts; pero a él no le atraía la práctica de la abogacía a pesar de que sus conocimientos jurídicos eran amplios y de que estaba dotado de una gran elocuencia. A los pocos meses el abogado Frye era nuevamente un maestro: se había reintegrado a lo que era su vocación al ser nombrado Superintendente de Escuelas del Condado de San Bernardino, en California, en 1891.

Era la primera vez que Frye tenía ocasión de estar en contacto con escolares de habla española, descendientes de los antiguos pobladores de la región, de origen mexicano, y se le presentaba la coyuntura favorable para poner en práctica sus ideas favoritas sobre la influencia de la educación para levantar al nivel de vida de un pueblo sumido en el atraso y en la miseria. Hasta entonces el joven maestro había tenido ocasión de teorizar sobre temas pedagógicos; pero nunca había estado en el medio apropiado para probar sus condiciones de innovador y sus facultades ejecutivas. El no había aceptado su puesto sin que le diesen plenas seguridades de que tenía el respaldo

oficial para crear un sistema de escuelas como el que se necesitaba, y actuó en consecuencia. Hizo el estudio de los establecimientos de enseñanza existentes, no sólo en cuanto a instalación y equipo, sino también en lo referente a su locación, a las capacidades de los maestros, a la distribución de la población escolar y a la implantación de un código de deberes escolares para los padres. Cuando hubo completado su investigación, presentó su plan para la organización de las escuelas de San Bernardino, que fué puesto en ejecución por él mismo, durante tres años, con los más sorprendentes resultados: el índice de analfabetismo decreció notablemente pero también el de la criminalidad. Hubo un espíritu público, identificable hasta entre los vecinos más pobres, que no había existido antes, y al generalizarse las oportunidades educacionales para todos los habitantes del condado, cualquiera que fuese su origen, adelantó la integración nacional y se establecieron los primeros vínculos de genuina concordia entre los descendientes de mexicanos y los norteamericanos. La obra de Frye había producido resultados casi milagrosos y por los cuales caían sobre él las bendiciones de todos.

Viajó después extensamente, con avidez, llenando el anhelo que le habían dejado los relatos de su padre, años atrás. Recorrió a Europa, Rusia inclusive, Asia y el Norte de Africa, anotando interesantes observaciones de maestro, de geógrafo y de psicólogo, que publicaban las revistas de los Estados Unidos y estaba de vuelta en su país cuando la guerra de independencia de Cuba estaba en todo su apogeo. Se deudo, el Senador William P. Frye, de Maine, era uno de los más ardientes

simpatizadores de la causa de Cuba, y en el Senado, en la tribuna y en la prensa, no cesaba de criticar el régimen español en la Isla por el atraso en que vivía la colonia y por la explotación y el despotismo a que estaban sometidos los cubanos. Los periódicos publicaban los relatos de las atrocidades cometidas con la política de la reconcentración implantada por Weyler y cada vez se hacía más evidente que los Estados Unidos se verían obligados a intervenir en la contienda, de parte de los cubanos: allí tenía Frye, cerca de su país, a un pueblo al que se le había negado el derecho de instruirse y en el que el régimen colonial se basaba, precisamente, en la ignorancia, el obscurantismo y la enemiga de la cultura. No tardó en interesarse profundamente en el problema cubano y trató de conocerlo desde sus orígenes, por lo que leyó con método las pocas obras descriptivas disponibles y siguió de cerca las apasionantes informaciones periodísticas, que eran continuas. Cuando el Congreso comenzó a discutir la política a seguir por los Estados Unidos, en los debates y en los dictámenes encontró más datos todavía acerca de Cuba... Una profunda simpatía por aquel pueblo que luchaba por liberarse le dominó y formó la convicción de ayudarle en sus esfuerzos desde antes de que los Estados Unidos le declarasen la guerra a España. El apellido de Everett, que aparecía adicionado a su nombre como homenaje a los insignes hermanos Edward y Alexander H. Everett, descubrió que era el de dos amigos de Cuba, que se habían relacionado con el P. Varela, con Luz y Caballero, con Domingo del Monte y con los patriotas cubanos que años atrás habían creído, como creía él en-

tonces, que la democracia tenía que ser educada para funcionar plenamente, y que habían laborado para difundir la cultura en Cuba... La obra había quedado inacabada y él se sintió atraído a completarla tan pronto como hubiese oportunidad para ello...

Se produjeron entonces en rápida sucesión los incidentes finales de la dominación española en Cuba, cuyo desenvolvimiento siguió Frye con el mayor interés: el fracaso de la horrenda política de la reconcentración; la inutilidad de la autonomía, sobre la cual leyó el excelente estudio publicado en inglés por Gonzalo de Quesada; el incidente provocado por la carta de Dupuy de Lôme, Ministro español en Washington, sobre el Presidente McKinley, y, finalmente, la explosión del "Maine" en la bahía de La Habana. El Senador Frye, pariente lejano suyo, presentaba al Congreso una resolución para el reconocimiento de la independencia de Cuba y un antiguo discípulo suyo de Harvard, Theodore Roosevelt, Subsecretario de Marina, clamaba por la guerra y se preparaba para ella. Sentado en los cómodos butacones del Harvard Club, de Nueva York, el maestro Frye discutía la posición de su Alma Mater en cuanto a la inminente contienda, con sus compañeros. El Presidente Eliot, de Harvard, había calificado a Theodore Roosevelt, y a Henry Cabot Lodge, como tipos pendencieros que provocaban a España a la guerra porque sí, lo que era también la doctrina de Charles Francis Adams, asociado con Edwin F. Atkins en sus fincas azucareras de Cuba y uno de los síndicos más influyentes del gran centro educacional. Roosevelt y Lodge eran antiguos alumnos a quienes Eliot, en su rabia, calificaba de "hijos degenerados de Harvard" porque eran partida-

rios de la guerra en torno a la independencia de Cuba; pero Frye pensaba de otro modo al decir a sus compañeros:

—Con todo respeto por nuestro maestro, no queda otra alternativa que la guerra si España no le da la independencia a Cuba. Los Estados Unidos no pueden cruzarse de brazos ante el espectáculo de un pueblo dominado por el despotismo más embrutecedor ante sus propios ojos. Soy uno de los que están dispuestos a ayudar a Cuba a ser libre y a originarse como una democracia ilustrada y progresista...

Pese a la influencia de Eliot eran más los antiguos alumnos de Harvard que compartían estas opiniones, que los que estaban de acuerdo con el Presidente de la Universidad. Por eso fué que, al declararse la guerra entre España y los Estados Unidos, los graduados de Harvard organizaron el batallón universitario, y Frye, ya significado por sus simpatías por Cuba, y en atención a su actuación en las milicias estatales y sus conocimientos de geografía y de idiomas, fué nombrado capitán del batallón de la Universidad...

Terminada la guerra y completada la evacuación de la Isla por las tropas españolas, quedó establecido en Cuba el Gobierno Militar Norteamericano bajo el mando del general John R. Brooke, un soldado de espíritu comprensivo y de gran integridad de carácter, cuya primera preocupación fué la de restañar las heridas de la guerra y garantizar la paz, como paso previo para la preparación de los cubanos para gobernarse por su cuenta. En el curso de unos pocos meses el general Brooke, realizó el milagro de transformar a un país que hacía casi un siglo que estaba en continua convulsión revolu-

cionaria y cuya economía había sido destruida, que había perdido más de medio millón de habitantes en su lucha por la libertad, en un pueblo consagrado a reconstruir su prosperidad y a educarse. Un grupo de patriotas cubanos le asesoraban en el gobierno, como secretarios del despacho, y lealmente le aconsejaban en las medidas a tomar. Al cabo de pocos meses, cuando ya renacían los cultivos en los campos y el comercio volvía a la normalidad, cuando el saneamiento de las ciudades y los pueblos aumentaba a pasos agigantados y surgía la fe en la justicia, se consideró llegado el momento para establecer la escuela cubana, la que iba a crear ciudadanos útiles por su preparación, su patriotismo y sus convicciones liberales... El nombre del maestro Frye fué sugerido al gobernador Brooke como el del pedagogo que podía crear y dirigir las nuevas escuelas, y sus antecedentes como educador en distintos parajes de los Estados Unidos, muy especialmente su labor en San Bernardino, fueron su mejor recomendación para la gran responsabilidad que iba a asumir.

II

El 2 de noviembre de 1899 una Orden Militar creó la Superintendencia General de Escuelas en el Departamento de Justicia e Instrucción Pública, el cual estaba a cargo del Secretario Dr. José A. González Lanuza, Alexis Everett Frye fué nombrado Superintendente de Escuelas y su nombramiento fué acogido con sorpresa general: nadie le conocía en Cuba y muchos vieron con alarma la designación de un extranjero para que estuviese a cargo de la organización y la orientación de

la enseñanza en un país que apenas si la había tenido. Los más suspicaces creyeron ver un movimiento contra el espíritu nacional y contra la independencia, que sería preparado sobre la base de una supuesta educación norteamericana... Entre los viejos maestros cubanos que habían servido a España y a la rutina, la oposición fué bien evidente; y lo mismo puede decirse de los elementos eclesiásticos enemigos, no ya del protestantismo, sino del laicismo en las escuelas... González Lanuza, Enrique José Varona, Esteban Borrero Echevarría y otros profesores de prestigio revolucionario innegable, respaldaron la designación hecha y que había sido recomendada precisamente por el Presidente Eliot, de la Universidad de Harvard, y por el Secretario de la Guerra, Mr. Root, muy amigo de Roosevelt y de Lodge... No tardó en conocerse que el nuevo Superintendente de Escuelas había aceptado con la condición de no recibir retribución alguna; el salario que le correspondía quedaba a beneficio de Cuba... Las críticas se redujeron ante aquel desinterés y los cubanos que se habían relacionado con Frye y que lo habían encontrado franco, entusiasta, bien intencionado y consagrado al ideal de la educación para la democracia, no tardaron en lograr la reacción favorable de la opinión pública... Frye hablaba de la educación como de un sacerdocio, con un fervor apostólico que recordaba a Martí en sus prédicas sobre la materia. A pesar de que su pronunciación del español era defectuosa, se hacía entender por su habilidad de maestro y auxiliado de sus colaboradores cubanos en los primeros días de diciembre ya había completado su proyecto para la organización de las escuelas públicas de Cuba. El 6 de di-

ciembre de 1899 quedó promulgada la Orden Militar No. 226, de histórica importancia, creando el sistema de instrucción popular obligatoria por primera vez en un país en el que, diez años antes, la Junta de Instrucción Pública Española denegaba los permisos para establecer nuevas escuelas con el pretexto de que había demasiadas mientras casi el 80% de la población no sabía leer ni escribir.

La Orden Militar No. 226 fué la primera Ley Escolar de Cuba, inspirada y escrita toda ella en las ideas y los propósitos de Frye, que así organizaba las Juntas Locales de Educación y las escuelas, y señalaba los textos a usar y las materias de estudio. A las Juntas de Educación creadas, y que atraían a la ciudadanía a responsabilizarse con el funcionamiento de las escuelas, se las instruía para que hiciesen los arreglos convenientes a fin de que el 11 de diciembre comenzase a funcionar la enseñanza elemental en todo el país.

— "Alquilen locales, compren material para las clases, nombren maestros y estén preparados para iniciar el curso...", decía telegráficamente Frye a los vecinos encargados de las Juntas de Educación, muchos de ellos cubanos prominentes por su riqueza o sus conocimientos y a los que entonces les llegaba por primera vez la facultad de actuar en cuestiones de gobierno. Todo había que hacerlo de la nada; pero Frye tenía una energía sobrehumana y una intuición extraordinaria. Organizó reuniones para explicar sus planes y precisar como debían ser ejecutadas sus órdenes, acudió personalmente donde parecía haber dificultades insuperables y en todas partes dió soluciones concretas... Jóvenes cubanos que habían aprendido

a leer y a escribir, pero que sabían que era romper con la tradición el trabajar; veteranos de la guerra de independencia que no tenían de qué vivir; los antiguos emigrados que regresaban a la Patria; estudiantes deseosos de ganar un sueldo... todos los que podían transmitir el conocimiento que tenían de lectura, escritura y aritmética, quedaron en un momento convertidos en maestros en un país donde no había escuelas normales y mediante exámenes de suficiencia...

...Acababa de celebrarse el primer Censo General de Cuba libre, que acusaba la existencia de 1,572,796 habitantes. El 90% de los niños menores de diez años no asistía a la escuela, y el 57% de los cubanos mayores de esa edad eran analfabetos, para hacer un gran total de 80% de iliterados. El 6 de diciembre de 1899, cuando entró en vigor la Orden Militar No. 226, había en toda Cuba 312 aulas de enseñanza primaria, y al mes siguiente su número había aumentado a 635. La matrícula de escolares era de 85,000 niños y en 1900 se elevó a 160,000 o sea, a casi el doble en unos pocos meses y para seguir multiplicándose. Frye tenía que enfrentarse con esa pavorosa situación de atraso y de ignorancia, y con todos los obstáculos que la rutina, la desconfianza y los convencionalismos le oponían a su obra; pero no desmayó ni un momento. Bondadoso y comprensivo en todo momento, sabía ser enérgico disciplinario cuando así era necesario. Los padres que no quisieron comprender que la instrucción pública había entrado en una nueva era, la de la obligatoriedad de la asistencia a clases, aprendieron a conocer su responsabilidad en la materia. Frye solicitó y obtuvo que se expidiesen las órdenes correspondientes a policías

y a jueces para que los niños de edad escolar que fuesen vistos fuera de la escuela a las horas de clases, quedasen arrestados hasta que sus padres viniesen a recogerlos, con lo que quedaban sujetos a juicio como infractores de la ley y se les multaba si eran culpables. Los maestros sentían el respaldo de la autoridad que les ayudaba y les estimulaba a triunfar y trabajaban a maravilla. Frye había oído el dicho vulgar de la época colonial que afirmaba: "Hambriento como un maestro de escuela" y comprendió la destructora influencia de aquella realidad sobre el magisterio y su obra, por lo que se propuso, y lo consiguió, dignificar la profesión con la más alta consideración que podía dársele en la vida nacional, como los héroes civiles de la formación de la ciudadanía capacitada y consciente. A cada escuela se le había asignado la suma de cincuenta pesos para gastos, al ser inaugurada; pero a los pocos meses ya hubo otro crédito disponible, ascendente a \$587,000 para material; en 1901 se concedieron \$150,000 adicionales, y a fines de 1900 el sistema de escuelas públicas de Cuba tenía un presupuesto de más de cuatro millones de pesos o el 25% de las recaudaciones del gobierno, comparados con los cuatrocientos mil pesos que España había dedicado al mismo servicio en años en que la colonia había tenido ingresos de más de veinte millones de pesos. Cuando Frye renunció a su puesto como Superintendente de Escuelas, a fines de 1900, había fundado 3,800 escuelas, todas ellas dotadas con el material necesario y teniendo a su frente un maestro que había sido designado después de pruebas de capacidad bien rigurosas: no hay ejemplo de una reforma educacional tan amplia y com-

pleta en toda la historia de la enseñanza, llevada a cabo en tan corto período.

Los resultados de esa ingente labor fueron visibles inmediatamente: las nuevas generaciones, al disfrutar de la Patria creada por los libertadores, lo hicieron con el conocimiento de las glorias de la evolución nacional, cuyos hombres y hechos fueron temas de las clases, y toda esta información la recibieron libre de sectarismos, prejuicios o influencias perjudiciales; aquella era la escuela cubana, creada por un norteamericano de generoso corazón y que se había encariñado con su obra y con Cuba...

Pero todavía Frye quería más: no solamente había las circulares, los cursillos de preparación, las lecturas de textos instructivos para los maestros, etc.: él aspiraba a que los educadores cubanos adquiriesen ellos también una educación de primer orden y sabía que tal cosa resultaría difícil y necesitaría mucho tiempo por la falta de escuelas normales y las dificultades con que tropezaba la reorganización de la Universidad de La Habana. Concibió entonces el proyecto de llevar una excursión de los maestros cubanos a la Universidad de Harvard, empresa que parecía irrealizable por su magnitud, ya que había que calcular el transporte de unos mil quinientos maestros y su estancia en los Estados Unidos. Todo lo venció la energía de Frye. Fué a entrevistarse con el Presidente Eliot, de Harvard; con el Secretario de la Guerra, Root; con el gobernador de Nueva York, coronel Roosevelt, y con otros amigos, y les expuso su plan de levantar fondos para pagar gastos de viaje y de estudios a los maestros cubanos

en Harvard, durante un cursillo de verano. Aun para norteamericanos, acostumbrados a proyectar sus cosas en grande, la idea de Frye hubo de parecer bastante aventurada en un principio; pero su fe, su entusiasmo y su voluntad organizadora lo vencieron todo. Setenta mil pesos fueron donados por distintos mecenas y esa era la cantidad presupuestada por Frye, por lo que éste estuvo de regreso en La Habana, a principios del mes de junio, dispuesto a realizar la segunda parte de su plan: la selección de mil quinientos maestros para que de una sola vez se trasladaran a los Estados y tomaran clases durante seis semanas en la Universidad de Harvard. No faltaron críticos suspicaces que se mostraron alarmados ante la creación de tan crecido número de becas para maestros; pero a uno de ellos, que le interrogó, Frye le ilustró con las siguientes palabras:

— "Hace muchos años que uno de los estadistas más notables de la América Hispana, un maestro que llegó a ser Presidente de la Argentina y que se llamó Sarmiento, hizo por su patria y con gastos crecidos para ella, lo que yo quiero hacer ahora por Cuba y todavía en mayor escala que Sarmiento. El maestro argentino, que nunca dejó de serlo y que consolidó su nacionalidad, empezó a educarse con la lectura de la autobiografía de Benjamín Franklin y siguió educándose con las ideas pedagógicas de Horace Mann, cuya obra elogió y aprovechó para Argentina. Sarmiento visitó las escuelas de mi país y se llevó para el suyo a muchos maestros norteamericanos que no le han hecho mal alguno, sino mucho bien, al pueblo argentino. Yo no quiero traer compatriotas míos a Cuba, con ideas de "norteamericanizarlos" a ustedes, sino simplemente deseo dar

oportunidad a los maestros cubanos para que vean a los Estados Unidos y para que sean vistos allá como los educadores de una nueva nacionalidad, y para que aprendan las modernas técnicas de la enseñanza y aumenten su cultura, en la forma que Sarmiento lo recomendaba... Martí no se habría opuesto a este plan, si hubiera vivido. Los maestros cubanos aprenderán inglés, historia de Cuba y de los Estados Unidos, geografía; técnica pedagógica y, muy principalmente, la historia de la revolución norteamericana, ya que así descubrirán cómo se formó una gran nación y aplicarán ese conocimiento para que Cuba se organice en república independiente..."

El 25 de junio salió la expedición de los maestros, cuidadosamente seleccionados y pertenecientes a las seis provincias. Eran 900 maestras y 550 maestros los escogidos, y aunque algunos se quedaron, 1300 finalmente participaron de la escuela de verano de Harvard. Las familias de Cambridge, cediendo a los requerimientos de Frye, alojaron en sus casas a las cubanas, mientras que los hombres fueron a vivir en los dormitorios de la Universidad. El provecho pedagógico alcanzado por los educadores cubanos, con ser grande, no superó al que representó para Cuba que en aquellos momentos de confusión política hubiese más de un millar de maestras y maestros que pudiesen probar que la Isla no estaba poblada por seres degradados. El complejo de inferioridad que había dominado a muchas personas cuando se hizo evidente que la dominación española sería seguida por una intervención militar norteamericana, desapareció por completo con los relatos de los excursionistas acerca del tratamiento que habían recibido.

Aquel experimento educativo fué acompañado de la celebración obligatoria de seminarios, reuniones y cursos de aprendizaje y práctica de maestros, que convirtieron a aquellos fundadores de la escuela cubana en verdaderos pedagogos. Cada uno de ellos tenía como su biblia de la enseñanza un pequeño libro, el "Manual del Maestro", de Alexis Everett Frye, que era la enciclopedia de la docencia en la escuela primaria. Estaba dedicado "A los maestros de Cuba", a los que Frye llamaba "...compañeros en la noble empresa de fomentar un sistema de escuelas públicas en este país..." En la dedicatoria el Superintendente de Escuelas daba como lema de la labor a realizar esta regla de oro: "Libertad absoluta a todo maestro, para que emplee su propio método de enseñanza". Por ello, aunque se recomendaba que se enseñase el inglés a los niños. Frye cuidaba de anotar que "... el idioma del hogar y de la escuela será, y debe ser, la armoniosa, sencilla y bella lengua patria de Cuba..., es el idioma que habla al corazón y a la inteligencia de los cubanos..." La geografía de la escuela cubana se enseñaba según el texto de la obra de Frye, traducido al español, y que era excelente, pero el pedagogo "yankee" cedía todos sus derechos de autor a beneficio de las escuelas de niños huérfanos de Cuba. La historia destacaría bien los esfuerzos de los cubanos por su independencia y los sacrificios hechos por ella, así como los progresos todos del país; pero en todo momento los contrastaría con la evolución de los Estados Unidos para señalar cómo se hace una república, a fin de probar que todos los pueblos pasan por periodos de prueba y que el único modo de hacer libre, grande y próspera a una

nación está en el cumplimiento de los deberes y el ejercicio de los deberes ciudadanos.

Así fué como Frye se conquistó el cariño, la admiración y la gratitud de la legión de maestros cubanos a quienes inspiraba con su ejemplo, y también el reconocimiento de padres y alumnos. Solícito y enérgico a la vez, no descuidaba un momento su obra, se identificó con ella y aprendió a amar a Cuba como una segunda patria, recorriéndola en todas direcciones para mejor asegurarse del buen funcionamiento de las escuelas. Frye estableció el "record" de inaugurar 703 nuevas escuelas en enero de 1900 y 1788 en febrero de ese año, lo que significó el empleo de otros tantos maestros y la enseñanza para casi cien mil niños más.

En enero de 1901 el Superintendente Frye, que hasta entonces había mirado a su obra en Cuba como un episodio más de su vida de educador, contrajo matrimonio con una maestra cubana, de Cárdenas, la Srta. María Teresa Arruebarena. Su popularidad y su influencia no podían ser mayores de lo que eran; pero las orientaciones que él daba a la enseñanza, en el sentido de la más rápida preparación para la organización de la República, llegaron a estar en pugna con los puntos de vista del gobernador Wood. Hombres de férrea voluntad los dos, el choque fué memorable y produjo una profunda enemistad, ya que ambos veían de distinta manera la solución de los problemas cubanos y la fundación de la República. Wood llegó a acusarle de "hombre peligroso y de tendencias radicales", con notable injusticia, porque el gran educador era, simplemente, un apóstol de la educación democrática y liberal y un ciudadano ejem-

plar que mantenía sus convicciones con firmeza invencible.

Difícil le fué a los maestros reponerse de la impresión recibida cuando su amigo, protector e inspirador, se vió precisado a renunciar a la Superintendencia de Escuelas; pero él mismo, con su noble despedida y la influencia que conservaba, hizo todo lo posible para que no se malograra su obra preferida, la de la escuela cubana. Tuvo para ello la cooperación más decidida de sus compañeros de profesión, que le fueron leales. Al organizarse la Asociación Nacional de Maestros de Cuba, Frye fué durante varios años su presidente y siguió siendo figura destacadísima de la vida educacional cubana, al mismo tiempo que crecía su renombre en los Estados Unidos. De las principales universidades le llamaban como conferenciante y sus libros sobre pedagogía, geografía, y psicología figuraban entre los más recomendables en los Estados Unidos para la preparación de los aspirantes a maestros. Su sistema para la creación de la escuela cubana, aunque modificado por sus sucesores, continuó siendo por muchos años la piedra angular de la instrucción pública; que nunca estuvo mejor atendida que en tiempos de Frye, y los viejos maestros cubanos que nunca lo olvidaron, como cuestión de principio mantuvieron su retrato en las escuelas, presidiendo lo que había sido la creación de su genio organizador y recordándoles que un día, al conjuro de su iniciativa y de su energía, habían sido todos ellos llamados a servir por la más noble cruzada por la cultura que ha habido en nuestro país: la que encabezó Alexis Everett Frye para extirpar el analfabetismo y darnos un sistema de enseñanza científico, racional y enderezado hacia la

formación de un pueblo ilustrado, progresista y democrático... Allá en Richfield, California, donde Frye se retiró a pasar sus últimos días y donde falleció en 1926, su rancho se llamaba "Cuba", y la hija que cerró sus ojos al morir, había sido bautizada con el nombre de Perla de las Antillas, —Perla Frye—, en recuerdo de la tierra en que su padre había hecho tanto bien y en la que había encontrado la compañera de su vida... No hace mucho que en una escuela pública de pueblo del interior, de esas que se conservan limpias por el tesón y el sacrificio de los educadores cubanos y en las que todavía está en uso el material, remendado y repintado, que compró Mr. Frye cuarenta y cuatro años atrás, un niño cubano le preguntó a su maestra, heroína civil que ingresó en el magisterio cuando sólo tenía catorce años, a la llamada del Superintendente Frye, al tiempo que señalaba una vieja fotografía que prendía de la pared:

— "Señorita, ¿quién es ese hombre?".

Y la anciana maestra miró a su alumno, paseó la mirada por la clase en que se apiñaban medio centenar de niños cubanos, la fijó después con ternura y con gratitud sobre la fisonomía noble y franca del creador de la escuela cubana, y le contestó:

— "Es el retrato del hombre que más cabalmente realizó en nuestro país las prédicas del Apóstol Martí sobre que "La enseñanza obligatoria es un artículo de fe del nuevo dogma", "Hombres recogerá quien siembra escuelas" y "Una ciudad es culpable mientras no es toda ella una escuela; la calle que no lo es, es una mancha en la frente de la ciudad..." Era norteamericano, se llamaba Alexis Everett Frye y los viejos maestros

cubanos nunca lo olvidaremos por lo que hizo por Cuba..."

Y mientras la maestra y el niño volvían a mirar el retrato, casi parecía que la faz del generoso y entusiasta educador "amigo inolvidable" de Cuba, sonreía como cuando en 1899 llamaba a la niñez cubana a instruirse...

Crónica, La Habana, junio 1 y 15 de 1949.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA  
DE LA HABANA